

BAJO EL SIGNO POLEMICO

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

**Ha estallado
una guerra verbal,
limitada por las reglas
de la elipsis.
En estas condiciones,
entenderse es mucho
más difícil**

LA vida cultural española en 1970 se ha caracterizado por las polémicas, aparentemente polarizadas en torno al eco despertado por las obras «Filosofía y Carnaval», «Nueve Novisimos», «Manifiesto Subnormal» y «Ensayos sobre Revolución y Cultura». Digo aparentemente porque estas obras se han limitado a cumplir un papel de elemento provocador y actualizador de un viejo malestar nacido en el seno de nuestra cultura progresiva. Han sido varias las escaramuzas sostenidas hasta el estallido de la guerra cultural de 1970: el ya histórico escrito de Castellet, publicado en Venezuela, en el que abjuraba del realismo social español; mi ensayo, aparecido en *Reflexiones sobre el Neocapitalismo*; las declaraciones de Grosso contra los novelistas latinoamericanos, la polémica desarrollada por «Informaciones» sobre el realismo a la española o el realismo a lo latinoamericano. Creo que a comienzos de 1970, el planteamiento de la cuestión estaba muy confuso, que a mediados del año no había quien lo entendiera (algunos lo entendían con excesiva claridad esquemática) y, a fines de 1970, algo parecía ya clarificado.

Creo imposible una clarificación última, dado el recurso elíptico al que, en última instancia, debemos entregarnos. Es el drama perpetuo de treinta años de cultura española radicalmente escindida en establecida y elíptica. En el seno de la cultura elíptica ha estallado una guerra verbal, limitada por las reglas de la elipsis. En estas condiciones, entenderse es mucho más difícil. Además, faltaba una educación polémica y, por lo tanto, una norma polémica. La cultura europea tiene una larga tradición democrática; por lo tanto, un lenguaje polémico arbitrado. Nosotros, no, y así no es de extrañar el frecuente uso de lenguaje exterminador, las llamadas a degüello del adversario, la variada gama de insultos que han cruzado el cielo convencional de nuestra cultura. Recientemente, una revista cultural ha autocensurado los insultos que uno de nuestros intelectuales dedicaba a su antagonista. Gimferrer sale del lance calificado de Celia Gámez, un servidor de chismorrero, Castellet de ignorante, López Salinas de bercista, y límite el censo insultante al campo del lenguaje escrito. Los insultos verbales han hecho honor a la agresividad fonética de nuestra lengua.

Y creo que, a pesar de todo, la situación polémica es positiva. Siempre y cuando comprendamos que las condiciones en que se mueve la vida cultural española sigue exigiendo una política cultural co-

existente en el campo de la cultura progresiva. Aún precisamos de la suficiente frialdad como para comprender que son más determinantes de nuestra conducta las cosas que nos unen que las que nos separan, aunque éstas sean cuantitativa y cualitativamente importantes: Porque nuestra gestión cultural, por el hecho preciso de realizarse al margen o por debajo de la cultura establecida, sigue siendo más difícil que fácil, más épica que lírica, más grave que lúcida.

Hemos empezado a profundizar en la crítica de la cultura y en la crítica de nuestra cultura, sin apenas instrumental cultural. El nivel de lectura de nuestra casta intelectual es ridículo en comparación con los niveles italiano, francés o de cualquier país europeo típico. Durante muchos años hemos adquirido conciencia de los temas de nuestro tiempo a través de una literatura que nos llegaba con cuertagotas, con una necesidad previa de entregarnos a textos más informativos que conceptuales, necesariamente alimentados por un previo nivel didáctico, subalimentado de lenguaje, condicionados por una realidad represiva. De todo ello se ha derivado una situación actual en la que empezamos a movernos a partir de conquistas precarias, pero conquistas al fin y al cabo. Creo que en las actuales circunstancias nos vemos obligados a movimientos perpetuamente duales: por una parte, es imprescindible que corramos el riesgo de expresarnos, pese a todas las precariedades e insuficiencias de nuestra propuesta comunicativa, pero hemos de hacerlo conscientes del ensayo general cultural que estamos acometiendo. Es nuestra propia inseguridad la que nos lleva al esquematismo y al dogmatismo, la asunción de esta secreta motivación nos tendría que conducir a un presupuesto supremamente condicionante: no dogmatizar.

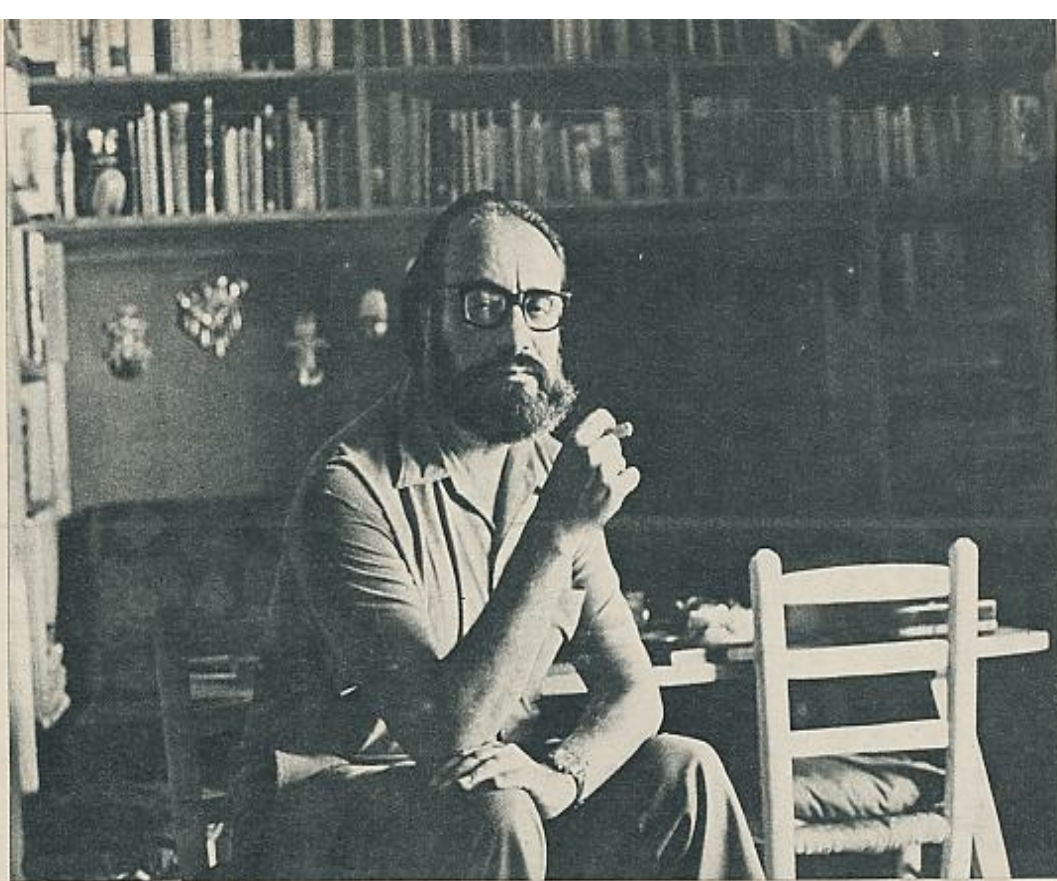
En situaciones como la presente, constantemente duales, esa inseguridad de partida conduce a la adopción de modelos polémicos acreditados. Es curioso observar cómo hemos incorporado «tics» polémicos de los mayores, es decir de los intelectuales europeos, que saben hacerlo porque pueden. El riesgo de lo mimético se corre todos los niveles de la vida española. En pleno intento de retorno a Cánovas y Sagasta, damos por vólido el tirarnos a Marcuses y Krlines por la cabeza, y en el terreno cultural basta ver las carteleras cinematográficas de Barcelona y Madrid como realidad de fondo. Enfrentamiento Isaac Montero-José B. e. t., Valeriano Bozal-Eugenio Trias u otros equivalentes, que casi todos se nos pueden ocurrir. Este condicionante supremo, lo at-

Terence Molx.

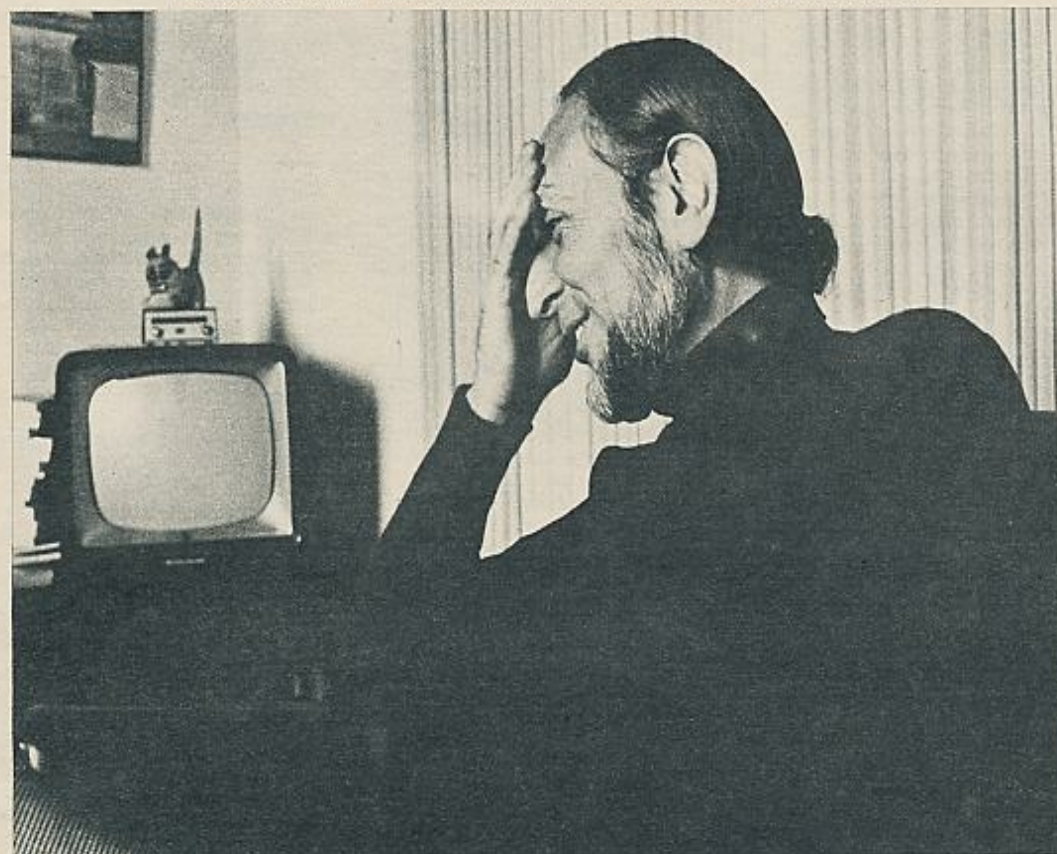


Eugenio Trias.





El libro de Sastre (sobre éstas líneas), "Ensayos sobre Revolución y Cultura", y la antología de Castellet (abajo), "Nueve novísimos" han popularizado con "Manifiesto subnormal" de V. Montalbán y "Filosofía y carnaval" de Trías, las polémicas.



Hemos empezado a profundizar en la crítica de la cultura sin apenas instrumental cultural. El nivel de lecturas de nuestra casta intelectual es ridículo en comparación con los niveles italiano, francés, etc.

pico de la gestión cultural progresiva en España, no debe paralizar la polémica. No invirtamos el argumento largamente sostenido de que nuestra cultura social era críticamente sostenida por su situación de catacumba. No lo invirtamos para sostener ahora que la cultura iconoclasta y de pretensiones autónomas no debe ser criticada porque, en las condiciones presentes, es un innegable aliado circunstancial en la lucha por la normalidad. Creo que la polémica debe continuarse, pero con la lucidez suficiente como para que sea polémica y no un fratricidio grotesco, tranquila y gozosamente contemplado por el inmovilismo establecido.

Ha dicho que el fin de 1970 aporta una mayor clarificación de la cuestión, porque creó yo que se ha conseguido una clarificación fundamental: la extraterritorialidad de la cuestión. Ligada inicialmente a un combate España-austera versus Cataluña-neocapitalista, parece ahora claro que el debate se plantea a todo lo largo y ancho del territorio español. La invención de una Escuela de Barcelona no ha podido evitar que se descubriera una Escuela de Madrid. Hay poetas concretos en Zaragoza, Alicante, las Canarias, etc., etc. Lectores incondicionales y detractores de Juan Benet y Gimferrer, en La Coruña, Oviedo, Zamora y Calahorra. Basta mirar el fondo editorial de Seix y Barral o EDHASA para comprobar que Martínez Menchén no me excluye a mí o García Márquez no excluye a Grosso. No estoy planteando un *happy end* a lo Frank Capra, con una exaltación de valores humanos y un himno emotivo como definitivo cierre de la fiesta. Propongo, simplemente, que en la práctica de la polémica hallemos una teoría de la polémica y que la polémica deje de ser una perpetua autojustificación y pase a ser un elemento clarificador de nuestra realidad cultural y un elemento transformador de esa realidad. Creo que una de las causas del grave atasco que padecemos, coincidente con la crisis de los escritores realistas (1963-1968), fue la aplicación mecanicista de los esquemas de unicidad que habían operado hasta entonces. Estos esquemas son válidos, total e inapelablemente válidos, al nivel de la reivindicación político-cultural del intelectualado, pero no tienen por qué implicar una determinada comprensión de la estética ni una determinada opción formal. Nos estamos planteando los mismos problemas teóricos que la revolución cultural china, mientras en las Cortes dos diputados carlistas se abstienen de participar en las deliberaciones sobre la Ley Sindical. Son dos diputados carlistas de protesta.